

# LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1587

Valores y giros a M. TORRENTE

## La esclavitud de ayer y de hoy

Llegara para la humanidad el día en el cual considere a un rey — por lo que en forma de suma y símbolo de los aberrantes sistemas autoritarios — como la invención más absurda, más disparatada, surgida del infernal y nebuloso caos de la mentalidad multicéfala de la inmensa mayoría?

Tenemos el deber y el heroísmo de esperar. No importa la enorme avalancha de tiempo que nos separa y véda la vista de ese futuro. No importa que una buena parte del género humano se encuentre aherrrojada por sus gigantesco prejuicios que la sujetan, la encadenan con hilos tan sutiles e invisibles como aquellos empleados por los gigantes de "Los Viajes de Gulliver" para inmovilizar a su huésped Jonatán Swift, el célebre sátirico irlandés. He ahí, para nosotros, la corpórea imagen de la humanidad esclavizada por sí misma y por extraños. Sus destinos, su alto fin es de hacer un uso armonioso de la libertad. Para ese ejercicio de la civilidad, de independencia moral, de libre examen, en todos los tiempos existieron sus precursores mártires. Es un duro, sangriento y millenario aprendizaje. Y no de otra manera podrá alcanzarse ese bien mayor que los tiene todos en sí, que es la suprema libertad física y moral.

La educación, o la reeducación, para que cada uno sea el rey de sí mismo, para que necesite de la libertad con tan angustiosa urgencia como el aire, el oxígeno motor de su sangre, puede ser leñísima, durará una infinidad de tiempo, pero ha de llegar, porque es el ideal congénito de nuestra especie. Nuestro estado normal no es ser esclavo. No lo ha sido nunca. Las contiínuas rebeliones cruentas y horrosas que ensangrentaron y ennoblecieron la historia universal, demuestran que aun en la peor abyección, los seres humanos tienden al equilibrio de sus facultades más nobles en la ansia desesperada de la libertad.

Entonces, cuando la emancipación espiritual, sustentada por la económica, ha sido un hecho para casi todos, ¿cómo lo es ahora el saber leer, ¿qué dirán las futuras generaciones de estas invenciones grotescas — tiranía, Estado, etc. — en las cuales los hombres de nuestro tiempo delegan toda potestad para que los conviertan en viles piltratas cuando a ellas se les antoje?

Es que, por ahora, las grandes masas humanas se contentan con la ilusión de una libertad teórica e hipotética, que en el instante que se quiere usufructuarla verdaderamente, se dará de bruces con la miseria, la cárcel, el hospital y el cuartel. Es un león libre en un bosque sembrado de trampas. Al menor paso fuera de lo reglamentario y establecido por ferreas leyes, será atrapado en una de ellas. Así van, dando tumbos, las grandes multitudinarias mundiales, de la miseria a la cárcel, al cuartel, la casa de locos o al hospital. Y si alguien le enrostrara una disimulada esclavitud, además de negarla, rechazarían la acusación como una calumnia, como una calumnia.

En Hendon, en honor de los reyes de España, se llevó a cabo un imponente despliegue de fuerzas aéreas de Gran Bretaña. Por supuesto, las maniobras hubieron de ser la prueba palpable del alto grado de perfección a que arribara esa quinta o sexta arma, después de costosas sumas, resumidas en cifras astronómicas. Pero lo que de sobremodera llamó la atención, fue una pequeña escuadrilla de aeroplanos que efectuó un bombardeo, entre los aplausos delirantes de la distinguida concurrencia, entusiasmada por la

admirable puntería y por la perfección con que las granadas daban en el blanco, produciendo explosiones formidables. Esta vez las granadas se portaron obedientemente, haciendo un papel lucido, y divirtieron a las regias calabazas. Si; los reyes se divierten. Son los espectáculos que sólo se confeccionan para huéspedes privilegiados y de elevada prosapia: como en la antigüedad, las testas coronadas se obsequiaban mutuamente con los combates a muerte de sus huéspedes de esclavos.

Hoy, en ese Hendon, ese barrio de Londres, los esclavos y la muerte se hallan ausentes, no son visibles, con la visibilidad material de entonces. Pero la esclavitud, sino de derecho, de hecho existe.

Existe, por sustentar esos reyes, esa fangosa pirámide de los armamentos de guerra, cien veces más alta y pesada que las de Egipto, y porque esas granadas que los hijos del pueblo fabricaron, hoy tan obedientes y dóciles con sus amos, se volverán contra aquellos mismos, para destruirlos con la furia de un mastin mal amaestrado.

Esto, que ha acontecido hasta ahora y en la hecatombe mundial, acaecerá por muchas décadas todavía.

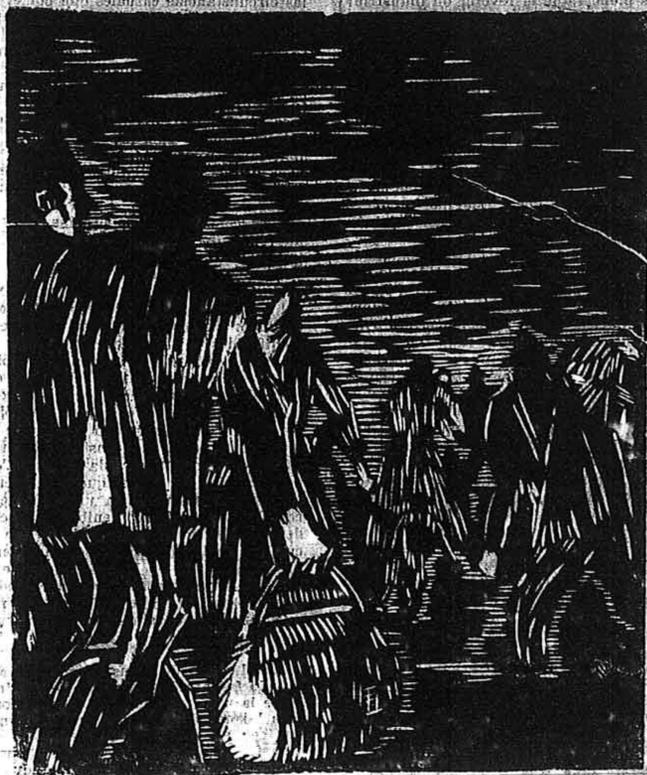
Sin embargo, conociendo la verdad en la prolongación de sus múltiples consecuencias, no nos desalentamos. Nuestra fe, apoyándose en la eterna utopía, esencia del ideal de perfectibilidad humana, es inquebrantable.

## ESPEJISMO FASCISTA

Alguien, quien escribe en diarios burgueses y archireaccionarios, y francamente opuesto a nuestra bandera ética, después de loar estruendosamente a Mussolini, proclamándole el personaje mesiánico de la Italia corrompida por el liberalismo y el bolcheviquismo, confiesa que está atacado ya del frenesí imperialista. No es una novedad la que este profesor de historia nos escancia, con tono campañudo de profeta de guardarropa. No se dieron muchos casos de tiranos que para afianzar su poderío mal hábito no hubiesen debido ocurrir a las empresas imperialistas. A la del ex kaiser, su tiranía mansa aguantada con soberbia y máxima vanidad por sus súbditos, le era imprescindible un ideal de hegemonía mundial. La

borrachera de efervescente chauvinismo era así más eficaz y de notables efectos anestésicos sobre todo lo que no incumbiera a la redención del antiguo Imperio romano por los guerreros teutones. Todo lo que fuera en contra de esos vastos proyectos de expansión de la elegida raza germánica, era considerado sacrilego y pasible de la libre vindicta pública, cuyas sanciones son casi más inapelables que las de cualquier tribunal judicial.

Mussolini, imperatore e ré en fátfora, es decir en canuto, no podía ser precisamente una excepción. La sonada aventura de Corfú fue el primer síntoma de la escatolina expansionista. Y siempre con el pretexto de la exuberante proliferación de la raza italiana, tuvo otra retum



bante gritería en el Tiro, que le fué devuelta, corregida y aumentada, por el primer ministro del Estado prusiano.

Italia, que en el año 1871 poseía 27 millones de habitantes, se encuentra hoy, después de la guerra, con 42, mientras que Francia, con un territorio más extenso, contiene sólo 40 millones. De manera que la cuota de la emigración italiana ha ido aumentando más y más de año en año. El extraordinario fenómeno de la proliferación de las familias italianas ha sido, comprobado repetidamente en la teoría y en los hechos. El aducido pretexto, como lo fué antes de la guerra el de la raza alemana, es verosímil y aparentemente fundamentado.

Por eso dicen que necesitan colonias para volcar la superabundancia de la población. Como, además, las restricciones migratorias en vigencia en varios países del mundo, — y especialmente en los Estados Unidos, — impedian enviar el mismo volumen de emigración de los años anteriores, la tesis fascista del necesario imperialismo se presentaba ante los ojos de muchos de una sensatez única, o sea marca Mussolini.

La ilusión colonial, fué glosada y teorizada de tal modo, que en una revista que se publica actualmente en Roma — dirigida por un profesor de la Universidad romana, diputado fascista e íntimo del duce, — se sostuvo la idea que Córcega debía pertenecer a Italia, arrancándosela a Francia.

El exiliado profesor Gaetano Salvemini, de quien es esta cita, refuta este espejismo imperialista del fascismo con argumentos irrefutables. Más conocedor que nosotros de los problemas internos de Italia, y poseedor de vastas miras internacionales, será oportuna la transcripción de algunos de los párrafos más explicativos, de un breve trabajo suyo.

Escribe el autor: "Es una débil ilusión creer que el problema migratorio pueda ser resuelto con una expansión colonial."

Los emigrantes italianos no abandonan su país para convertirse en campesinos en un territorio deshabitado o precariamente cultivado; buscan en cambio una ocupación como trabajadores menos explotados, en naciones prósperas, donde los salarios pueden ser más altos. Trabajan tenazmente, conducen una vida de rigurosa economía, ahorrando lo que más pueden y enviando sus ahorros a sus hogares."

Luego cita un ejemplo de probable colonización italiana:

"Italia posee una colonia en África: Eritrea. Durante diez años de alocada política militar, que se prolongó desde el año 1897 hasta el 1906, no fué posible que se estableciera allí ningún emigrante. Pero después, a partir de 1897, gobernada por hombres de buen sentido, quienes hicieron todo lo que pudieron para mejorar las condiciones de ese territorio, no se obtuvo tampoco que ningún trabajador fuera allí."

Por otra parte, hay pocos que no sepan que Córcega es y ha sido siempre una isla pobrísima, y cuyos habitantes, en su mayor parte campesinos, se hallan también obligados a emigrar. Su clase media busca refugio en Francia, ya ocupándose en la marina mercante, o ya en las oficinas públicas.

Esta sola defalla de la problemática conquista de Córcega, denota la calidad del imperialismo fascista, de un verdadero frenesí descabellado.

EDUARD WECKERLE

# CAPITAL Y TECNICA

La introducción de la máquina de trabajo ha modificado radicalmente el proceso productivo y creado fundamentos perfectamente nuevos para las condiciones vitales de los hombres. El nuevo medio de producción se mostró en seguida como un concurrente superior del trabajo manual y además obró separativamente entre hombres y producción y extendió la expropiación de la tierra comenzada ya siglos antes a los instrumentos de trabajo.

El alto costo de compra hizo de las máquinas de antemano un privilegio de los ricos. Sólo ellos pudieron hacer obrar en su favor el poder maravilloso del vapor y colocar en vastos locales de trabajo telar tras telar y máquina de hilar tras máquina de hilar. Pero el obrero que no pudo sostener con sus viejos instrumentos de trabajo propios la competencia con los nuevos poderes, fué forzado a la venta de sus brazos al propietario de los nuevos medios de producción. Con ello obtuvieron los ricos un poder muy distinto y mucho más terrible que antes. Con la posesión de los brazos mecánicos de trabajo se convirtieron también en amos de los brazos humanos. El que quería trabajar, o sea el que era forzado al trabajo, tenía que someterse a ellos y comprar de antemano el derecho al trabajo con un tributo al "que da el trabajo". Así tocó al propietario de máquinas una doble ganancia: la mayor productividad de las máquinas mismas y el tributo que tenía que aportar el pobre para poder trabajar.

Hasta entonces los propietarios no supieron siempre qué hacer de su riqueza. Las únicas posibilidades de obtener ganancias estaban en la adquisición de tierra, en el comercio, en la manufactura y en el préstamo de dinero, pero en general eran muy limitadas. Ahora se agregó a esas posibilidades una perfectamente nueva y más llena de perspectivas. La adquisición de máquinas dió la capacidad de crear como en un juego riqueza de la riqueza.

La importancia del vapor fué comprendida pronto por los poseedores. Con respiración contenida siguieron los ensayos prácticos de las primeras máquinas de Watt y estallaron en una manifestación de júbilo cuando los resultados colmaron las esperanzas. Nunca alegró tanto un triunfo del espíritu humano los ánimos de los estratos poseedores del pueblo como la presentación del invento de Watt, pero raramente también ha valido menos el entusiasmo a la victoria humana que el infinito poder que dió esa invención a los ricos sobre los pobres. Los poseedores supusieron justamente que el hecho de Watt abriría para ellos una nueva era de poder y que el vapor transformado en fuerza creadora se convertiría en el medio para romper definitivamente la re-

Pero no son los dirigentes del fascismo quienes se engañan con esta bambola trebuchada de la reedición del antiguo imperio romano, porque ellos heredaron los ensueños vesánicos del ex kaiser—sino a los demás. intentando prolongar su nefasto poderío con la inyección del virus imperialista.

Y estas supuestas colonias, repartidas militarmente en el mapa geográfico, pueden ofrecer tema a los periodistas y profesores fascistas, dorado as los tragos amargos que está soportando la población italiana, pero jamás proporcionarán un bocado de pan a los proletarios italianos, quienes si se aviesinan a ser colonos en esas tierras todavía sin conquistar, serían más explotados que por los terratenientes de sus aldeas.

Esa es la farisaica panacea que sugiere el régimen fascista a los sin patria, aquellos que no poseen ni el pedazo de tierra que los abrigará para el sueño eterno.

sistencia de los trabajadores y dictarles las condiciones de trabajo.

Todas las barreras trazadas hasta entonces a la codicia insaciable de riquezas se derrumbaron de un golpe. En manos de los ricos los inventos a que habían dedicado otros los esfuerzos de una vida entera, se convirtieron en fuentes inagotables de riquezas, y comenzó una danza en torno al becerro de oro sin ejemplo en la historia y ante la cual no forma más que un pálido reflejo la danza de los sepultureros de la guerra mundial. Todo el que dispuso de dinero se adhirió al gran cortejo. Conocimiento y capacidad no eran necesarios para eso. El trabajo silencioso y tenaz del inventor los había hecho innecesarios. La riqueza se reprodujo en cierto modo por sí misma. Por fin el vapor resolvió el secreto largamente buscado de hacer "trabajar" el capital.

El nuevo poder fué utilizado despiadadamente y toda nueva invención dió fresco estímulo a la avaricia. Los nuevos amos, que según palabras de Roberto Owen "no poseían más que sentido de los negocios y elementos de aritmética", consideraron pronto insuficiente la jornada "natural". Los nuevos obreros de metal no estaban ligados a leyes fisiológicas. No necesitaban dormir ni pedían reposo y días de fiesta. Cada hora más que fuesen mantenidos en movimiento implicaba una mayor producción y una mayor ganancia. Ese encanto hizo perder toda consideración a los obreros de carne y hueso. Estos fueron forzados a prolongar la jornada hasta la alta noche y a renunciar a las horas de reposo y a los días de fiesta.

En ese confuso proceso de producción fué creado el fundamento del moderno capitalismo, del industrialismo. Un ahogado ambiente humano se convirtió en su creador involuntario. Nombramos aquí sólo a los inventores más importantes de aquel período de transformación: el relojero Kay, el carpintero Wyatt, el barbero Arkwright, el tejedor Hargreaves, el mecánico Crompton y Watt, también mecánico, el cura Cartwright y el pastor de vacas Stephenson. La riqueza hecha accesible por el trabajo de esos hombres y de otros pioneros de la revolución industrial fué inaccesible para la mayoría de ellos. Pero los nuevos amos del negocio supieron tanto mejor desviar a su favor la corriente de oro. Su riqueza se multiplicó en un lapso de tiempo insignificante y agrandó sus proporciones en la misma medida que se ensanchaba el círculo de la miseria de los pobres.

Un acontecimiento decisivo y que formó la condición del desenvolvimiento y la difusión del capitalismo en aquellas décadas tempestuosas fué que se elevó a la categoría de elemento básico del derecho civil el poder ilimitado de disposición sobre la propiedad. Cada cual pudo hacer o no hacer con su propiedad lo que quería. No debía por eso rendir cuentas a nadie. El que quería instalar una fábrica y fabricar telas, podía hacerlo sin inconveniente alguno, aunque no existiese una necesidad de la nueva producción. También podía un fabricante cerrar su establecimiento cuando quisiera, aunque eso produjese una perturbación en la satisfacción del consumo necesario. Esa libertad, sin embargo, no era nueva. Ya la manufactura había quebrantado la antigua regulación soberana de la producción, tal como se desarrolló del modo más conveniente en el período floreciente de la ciudad medieval; pero tan sólo el vapor condujo a una completa supresión.

Fuó destruido un viejo orden, pero no se puso un orden nuevo en su lugar. El reconocimiento del poder ilimitado de disposición sobre la propiedad tuvo que desembocar en un estado caótico y desorbitado en donde fué determinante como derecho el poder económico del individuo, no el bienestar del conjunto. La supresión de la comunidad en el centro de toda acción y su sustitución por el egoísmo del individuo, abrió el camino libre para la actual modalidad económica. El fundamento del moderno capitalismo es por

eso caótico, como tampoco el actual "sistema económico" es más que la ausencia de sistema elevado a sistema.

Ese estado de cosas se volvió peligroso también para el capitalista. Tuvo que contar cada día que un capitalista más poderoso pusiera en marcha un establecimiento idéntico y concuerriese con él. Si acudía en su apoyo la técnica dirigida continuamente al perfeccionamiento de los métodos existentes de producción para proveer al nuevo establecimiento de máquinas más rentativas, entonces la ruina de la vieja empresa era inevitable y el porvenir de la nueva estaba asegurado—hasta que otro, en mejores condiciones, le preparase el mismo destino. Con eso intervino un nuevo factor: la base de la producción, perdió su continuidad anterior y el empresario de la producción su seguridad. El poder ilimitado de disposición de la propiedad elevado a derecho hereditario se comenzó a vengar en algunos capitalistas mismos, pues el derecho del hombre a la explotación de los demás no podía excluir el derecho a la explotación del explotador.

Entre tanto, no sólo hubo rápidos progresos de la técnica de la producción, que llenaron de intranquilidad a la economía y a los capitalistas. Las nuevas máquinas de trabajo impulsaron al gran establecimiento, pues sólo la asociación de un gran número de ellas permitía la más rentable utilización. La concurrencia entre los capitalistas no sólo se convirtió en una carrera en la que no se podía dejar al azar los progresos técnicos. Es forzada a estimular ella misma nuevos descubrimientos. La apertura de nuevas posibilidades de empleo del capital se convierte en una necesidad ineludible y en condición de vida para la burguesía.

Todos los éxitos en el terreno técnico y científico, de que se alaba la burguesía como los resultados "del libre albedrío de la empresa", no son, pues, más que fenómenos necesarios de la aspiración especulativa del capitalismo. No es por las peculiaridades de la técnica y la ciencia como factores independientes y autónomos, de la economía y el querer hacerlos responsables a ellos solos, de la actual inestabilidad de la vida económica. Cuando se desalzó ese error y lo cesario que es resistirle, lo muestra la siguiente frase de Robert Liefmann, el economista por lo demás tan sabio en sus juicios: "Condiciones económicas más equivalentes—escribió Liefmann en "Die Unternehmungsformen"—no serán posibles en una distribución de la producción desde arriba, sino sólo con la interrupción del progreso técnico. Este y no la codicia privada, que sólo debe ser obstaculizada en los abusos, es la causa principal de las oscilaciones de la coyuntura y de la situación caótica de la producción".

Esa afirmación no tiene valor más que en relación a un caso determinado o en relación a los comienzos de la revolución industrial. Una generalización—como la de Liefmann—es sin embargo insostenible. Con mucha más razón—al menos en lo que se refiere a las últimas décadas, se puede establecer la regla general que la codicia privada, el esfuerzo por mantener en alto el interés del capital, precipita artificial y conscientemente el progreso técnico. Este reconocimiento es importante por otra razón aún: si la realidad fuera otra y fuera la técnica en realidad el único poder misteriosamente subversivo, entonces el capitalismo nacional e internacional, soldado por castillos, trusts y konzerne, suprimiría tal cierto grado ese defecto. En vez de en el pasado ni el presente fallar los ensayos al respecto, pero las alianzas recíprocas tuvieron y tienen, en el mejor de los casos, existencia sólo para un determinado período. Siempre son quebrantadas por la necesidad de colocar los nuevos capitales. Las leyes creadas por el capitalismo le obligan a rebelarse de continuo contra sí mismo. El caos, el fundamento y la esencia del modo capitalista de producción, se rebela contra todo ensayo de un orden como contra un estado dirigido contra el capitalismo. Eso es justamente la contradicción del capitalismo, que no puede subordinar a imperativos de la razón las fuerzas encadenadas por el mismo, sino que esas fuerzas se convierten en factores que se oponen a sus propios creadores.

En el curso de pocas décadas todo el mundo fué atraído de ese modo al círculo de la moderna industria. Las regiones más lejanas de la tierra fueron fundadas con artículos industriales baratos y transformadas en una especie de ensanchado territorio interior de la industria

Europea y norteamericana. Así comenzó, fomentada por la técnica progresiva del transporte, la era industrial imperialista que cumplió en una distensión cada vez más grande a los Estados industriales y finalmente llevó a la mayor conflagración mundial que haya experimentado la humanidad.

Una consecuencia del interés del capital elevado, a principio de toda economía es también el aumento considerable de la inestabilidad de los medios de producción resultante de la concurrencia y del desahucio técnico. "La burguesía no puede existir sin revolucionar los instrumentos de producción, es decir, las condiciones de producción, o sea todas las condiciones sociales" (Manifesto comunista). La burguesía debe pensar siempre en crear posibilidades de empleo, es decir, de "trabajo", para su capital. En esa aspiración es apoyada primero inevitablemente por los inventores voluntarios. Cada uno de los mejoramientos técnicos indicados por ellos los recoge de inmediato el capitalismo, siendo completamente indiferente que resulte de ellos o no un beneficio económico para el pueblo. Para la burguesía sólo es decisivo el problema de la posibilidad de capitalización. Pero cuanto más avanza la reproducción del capital, tanto más se pierden las viejas fuentes de riqueza, tanto más grande es el peligro de "desocupación" para el capital. El interés amenaza caer. En ese estado la burguesía no puede dejar al azar los progresos técnicos. Es forzada a estimular ella misma nuevos descubrimientos. La apertura de nuevas posibilidades de empleo del capital se convierte en una necesidad ineludible y en condición de vida para la burguesía.

En ese derroche involuntario de valores hay que hallar también la explicación de por qué todos esos progresos técnicos no alivian las vastas masas de la población y por qué las "capitalistas" se resisten tesoneramente a las reducciones de la jornada, no obstante los mejores instrumentos de producción. Deben sacar a los nuevos medios de producción los gastos de los viejos, desechados inutilmente, y procurar intereses para el capital en valor efectivo. Con otras palabras: junto al capital productivo empleado, hay una parte improductiva, por la cual reclama interés algún baquero o financiero. El capitalista es forzado, pues, a extraer de su establecimiento lo más posible y no puede consentir en la reducción de la jornada y en más elevados salarios, aun cuando ha sido aumentada considerablemente la productividad por medio de nuevas máquinas de trabajo.

Esta constatación no significa una justificación del modo de obrar del capitalismo. Sólo quiere demostrar que el capitalista aislado no es libre en sus actos, y que el modo capitalista de producción impone condiciones a que no puede, en tanto que individuo, sustraerse. Esa es la fatalidad de tal estado de cosas: la humanidad, el proletariado que es el que sufre, ante todo por ese derroche diario, el personal de un establecimiento que ve con sus ojos ese derroche, no puede acusar al capitalista particular, porque obra bajo el imperio de una ley diabólica y en su mayor parte es ejecutor involuntario de un crimen, no es criminal por voluntad propia. No raramente tiene él mismo que levantar la mano contra sí. Ya comienzan las industrias instaladas en los países trasatlánticos en el apremio por encontrar posibilidades de empleo para el exceso de capital, por hacer una concurrencia sensible al capital de los viejos Estados industriales. En la misma dirección obra en este momento procura grandes ganancias a la industria de las máquinas de los viejos países, pero que reduce forzadamente las posibilidades de venta de otras industrias.

Hay que pensar aún en otro derroche continuo. En la misma medida que la concurrencia perdió su carácter individual y se convirtió en una concurrencia entre industrias nacionales, creció la necesidad de proteger los intereses del ca-

pital nacional por el ejército y la flota. Una parte mayor de la fuerza popular fué retirada de la creación productiva y forzada a la ejecución de trabajos privados de todo valor útil para la economía del pueblo, y que absorben una gran parte del abarataamiento de la producción conseguido por el moderno maquinismo. Tan grande es ese derroche que ha llevado a la formación de enormes industrias. Una parte no insignificante de todo el capital industrial y bancario ha sido colocada en esa rama de industria, y tiene el mismo interés en su persistencia que el capital marítimo o ferroviario tiene en el sostenimiento de las industrias respectivas. Que en ese interés de grupos capitalistas privados en la producción de material de guerra hay un peligro considerable para la paz de los pueblos, lo mencionamos sólo aquí. Para nuestra consideración es esencial particularmente la importancia que tiene también aquí la técnica. Se puede decir, sin exageración, que en ninguna otra industria domina una actividad inventiva tan febril como en la industria de los armamentos. Aquí sigue formalmente un perfeccionamiento al otro. Apenas se ha inventado un nuevo medio de destrucción, la misma fábrica produce pronto otro nuevo. También eso corresponde a una ley capitalista de autoconservación: por las continuas invenciones los Estados son forzados a cambiar también en tiempos de paz constantemente sus utensilios de guerra. Justamente ahora estamos en medio de una de las más formidables revoluciones en el dominio de la técnica bélica. El dominio del aire en relación con los progresos en la industria química, ha desvalgrizado casi completamente todo el mecanismo básico conocido hasta aquí. Los grandes barcos de guerra, que hace unas décadas parecían tener la dominación exclusiva del mar, hoy no tienen ya, a lo sumo, más que valor para el museo o como material viejo. Nuevas armas de valor bélico mucho mayor, se han abierto camino y abren perspectivas totalmente nuevas. Con esa modificación de la técnica de los armamentos se produce otra modificación: el carbón y el hierro han perdido su importancia decisiva para la guerra y han sido relegados a segunda línea. Decisivo es ahora el poder de disposición sobre fuentes y provisiones de petróleo. Con eso se agudizó de nuevo las distancias entre los Estados capitalistas.

En ese derroche involuntario de valores hay que hallar también la explicación de por qué todos esos progresos técnicos no alivian las vastas masas de la población y por qué las "capitalistas" se resisten tesoneramente a las reducciones de la jornada, no obstante los mejores instrumentos de producción. Deben sacar a los nuevos medios de producción los gastos de los viejos, desechados inutilmente, y procurar intereses para el capital en valor efectivo. Con otras palabras: junto al capital productivo empleado, hay una parte improductiva, por la cual reclama interés algún baquero o financiero. El capitalista es forzado, pues, a extraer de su establecimiento lo más posible y no puede consentir en la reducción de la jornada y en más elevados salarios, aun cuando ha sido aumentada considerablemente la productividad por medio de nuevas máquinas de trabajo.

Esta constatación no significa una justificación del modo de obrar del capitalismo. Sólo quiere demostrar que el capitalista aislado no es libre en sus actos, y que el modo capitalista de producción impone condiciones a que no puede, en tanto que individuo, sustraerse. Esa es la fatalidad de tal estado de cosas: la humanidad, el proletariado que es el que sufre, ante todo por ese derroche diario, el personal de un establecimiento que ve con sus ojos ese derroche, no puede acusar al capitalista particular, porque obra bajo el imperio de una ley diabólica y en su mayor parte es ejecutor involuntario de un crimen, no es criminal por voluntad propia. No raramente tiene él mismo que levantar la mano contra sí. Ya comienzan las industrias instaladas en los países trasatlánticos en el apremio por encontrar posibilidades de empleo para el exceso de capital, por hacer una concurrencia sensible al capital de los viejos Estados industriales. En la misma dirección obra en este momento procura grandes ganancias a la industria de las máquinas de los viejos países, pero que reduce forzadamente las posibilidades de venta de otras industrias.

Hay que pensar aún en otro derroche continuo. En la misma medida que la concurrencia perdió su carácter individual y se convirtió en una concurrencia entre industrias nacionales, creció la necesidad de proteger los intereses del ca-

pital nacional por el ejército y la flota. Una parte mayor de la fuerza popular fué retirada de la creación productiva y forzada a la ejecución de trabajos privados de todo valor útil para la economía del pueblo, y que absorben una gran parte del abarataamiento de la producción conseguido por el moderno maquinismo. Tan grande es ese derroche que ha llevado a la formación de enormes industrias. Una parte no insignificante de todo el capital industrial y bancario ha sido colocada en esa rama de industria, y tiene el mismo interés en su persistencia que el capital marítimo o ferroviario tiene en el sostenimiento de las industrias respectivas. Que en ese interés de grupos capitalistas privados en la producción de material de guerra hay un peligro considerable para la paz de los pueblos, lo mencionamos sólo aquí. Para nuestra consideración es esencial particularmente la importancia que tiene también aquí la técnica. Se puede decir, sin exageración, que en ninguna otra industria domina una actividad inventiva tan febril como en la industria de los armamentos. Aquí sigue formalmente un perfeccionamiento al otro. Apenas se ha inventado un nuevo medio de destrucción, la misma fábrica produce pronto otro nuevo. También eso corresponde a una ley capitalista de autoconservación: por las continuas invenciones los Estados son forzados a cambiar también en tiempos de paz constantemente sus utensilios de guerra. Justamente ahora estamos en medio de una de las más formidables revoluciones en el dominio de la técnica bélica. El dominio del aire en relación con los progresos en la industria química, ha desvalgrizado casi completamente todo el mecanismo básico conocido hasta aquí. Los grandes barcos de guerra, que hace unas décadas parecían tener la dominación exclusiva del mar, hoy no tienen ya, a lo sumo, más que valor para el museo o como material viejo. Nuevas armas de valor bélico mucho mayor, se han abierto camino y abren perspectivas totalmente nuevas. Con esa modificación de la técnica de los armamentos se produce otra modificación: el carbón y el hierro han perdido su importancia decisiva para la guerra y han sido relegados a segunda línea. Decisivo es ahora el poder de disposición sobre fuentes y provisiones de petróleo. Con eso se agudizó de nuevo las distancias entre los Estados capitalistas.

En ese derroche involuntario de valores hay que hallar también la explicación de por qué todos esos progresos técnicos no alivian las vastas masas de la población y por qué las "capitalistas" se resisten tesoneramente a las reducciones de la jornada, no obstante los mejores instrumentos de producción. Deben sacar a los nuevos medios de producción los gastos de los viejos, desechados inutilmente, y procurar intereses para el capital en valor efectivo. Con otras palabras: junto al capital productivo empleado, hay una parte improductiva, por la cual reclama interés algún baquero o financiero. El capitalista es forzado, pues, a extraer de su establecimiento lo más posible y no puede consentir en la reducción de la jornada y en más elevados salarios, aun cuando ha sido aumentada considerablemente la productividad por medio de nuevas máquinas de trabajo.

Esta constatación no significa una justificación del modo de obrar del capitalismo. Sólo quiere demostrar que el capitalista aislado no es libre en sus actos, y que el modo capitalista de producción impone condiciones a que no puede, en tanto que individuo, sustraerse. Esa es la fatalidad de tal estado de cosas: la humanidad, el proletariado que es el que sufre, ante todo por ese derroche diario, el personal de un establecimiento que ve con sus ojos ese derroche, no puede acusar al capitalista particular, porque obra bajo el imperio de una ley diabólica y en su mayor parte es ejecutor involuntario de un crimen, no es criminal por voluntad propia. No raramente tiene él mismo que levantar la mano contra sí. Ya comienzan las industrias instaladas en los países trasatlánticos en el apremio por encontrar posibilidades de empleo para el exceso de capital, por hacer una concurrencia sensible al capital de los viejos Estados industriales. En la misma dirección obra en este momento procura grandes ganancias a la industria de las máquinas de los viejos países, pero que reduce forzadamente las posibilidades de venta de otras industrias.

## LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

### Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de MIGUEL BAKUNIN.

Están en venta en esta administración — Pídale a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$ SUPLEMENTO SOLAMENTE, \$ 5.00 POR AÑO — PAGO ADELANTADO

# La revolución técnica de nuestros días

Se ha dicho, y tal vez con perfecta razón, que el sistema capitalista de producción atraviesa actualmente por un período que podría llamarse revolucionario, comparable en sus efectos al período inicial de la implantación del capitalismo mismo. Y esa evolución o revolución actual de la técnica productiva es tan evidente y sus consecuencias y perspectivas son tan palpables que nos duele la constatación de la indiferencia con que el proletariado internacional contempla este asunto de triple aspecto: la organización racional o científica de los establecimientos industriales, la intensidad creciente del trabajo y la introducción de nuevas máquinas que suprimen cada vez mayor número de brazos humanos.

Leamos una breve noticia periodística. Cada trabajador y cada revolucionario, con sólo abrir los ojos, tienen elementos suficientes de juicio en el radio de su experiencia cotidiana para comprender nuestras inquietudes ante el proceso de transformación de los actuales métodos capitalistas de producción. Por ejemplo:

"En la calle Belle-Alliance, (Berlín), trabaja la primera máquina pavimentadora. (Finisher, sistema Lakewood) que trajeron los establecimientos Ambi de Estados Unidos. Allí hay ya en funciones unas 2,000 de esas máquinas y se construyen con ellas desde hace 10 años unos 60,000 kilómetros de calles. El rendimiento de una de esas máquinas es realmente asombroso. Mientras que con el trabajo manual se asfaltan, con 4-5 obreros, 30 metros por día, con esa máquina se pueden asfaltar 250 metros diarios con el mismo personal, lo que significa un ahorro de 12 a 15,000 marcos por kilómetro. La máquina desarrolla tres labores, la distribución del asfalto, el aplomamiento y el pulimento. Los ralles por los que avanza el Finisher abarcan una calle hasta de nueve metros. El asfalto queda tan sólido que unos minutos después de aplomarse la superficie se puede andar por él sin inconveniente. Ojalá ese comienzo regocijante de la mecanización en la pavimentación de calles dé el impulso a otras innovaciones. Los trabajadores

mencionar siquiera las consecuencias ulteriores, tenemos el espectáculo inmediato de la desocupación forzosa de millares de obreros panaderos.

En el ramo de la madera parecía un poco más difícil la racionalización del trabajo, o sea la especialización según el sistema Ford; sin embargo, ese trabajo especializado está ya en marcha en casi todos los países y se puede constatar que todas las grandes fábricas de pueblos trabajan, cuando mucho, con una tercera parte del personal de la pre-guerra, producen más que antes. He ahí una nueva fuente de desocupación obrera, de prevalencia capitalista, de miseria, de concurrencia por el pan cotidiano, de reducción de los salarios, etc., etc.

¿Se nos perdonará que volvamos a repetir la cantinela de la jornada de seis horas? Tenemos la firme decisión de no dejar esta tecla hasta que la idea se convierta en un movimiento efectivo de las grandes masas; y eso lo hemos de ver, pues esa reducción de la jornada es la única perspectiva de solución a los grandes problemas contemporáneos del trabajo.

Aunque no con la intensidad que fuera de desear, aparte de los trabajadores revolucionarios de México que se han puesto en este asunto a la cabeza, vemos a través de la prensa en Alemania, en Suecia y Noruega que la resolución del segundo congreso de la A. I. T. en Amsterdam no se ha perdido por completo; hay ya muchos militantes que comienzan a preocuparse seriamente de la jornada de seis horas, muchos de aquellos que hace un año se mostraban un tanto escépticos al reconocimiento del valor de esa idea, están ya dispuestos a iniciar la lucha.

Hay que tener la seguridad que un poco más adelante el reformismo sindical, hoy entretenido en negociar con los capitalistas ventajas para los jefes y magnates de las organizaciones respectivas, tendrá que volver la mirada a las seis horas y lo que, en nuestras manos, podría ser un movimiento revolucionario, será en manos de esos jefes del reformismo, una reforma impuesta por las circunstancias y que perderá su significación originaria. Estamos aún a tiempo de encabezar nosotros, con nuestras propias fuerzas, la conquista de las seis horas descomponiendo así, por los resultados inmediatos de nuestra propaganda y nuestra acción, los baluartes del reformismo obrero.

G. BERNARD SHAW

## Definición de la inmoralidad

Todo lo que es contrario a las costumbres y mandamientos establecidos, es inmoral. Un acto o una doctrina inmoral no debe ser, necesariamente, algo malo; por el contrario, todo progreso en el dominio del pensamiento o de la conducta, es, por definición, inmoral, mientras no cuente a la mayoría de su lado. Por esta razón es de la mayor importancia que se proteja a la inmoralidad contra los ataques de aquellos que no tienen más norma que la norma de la costumbre y que consideran todo ataque a la costumbre — es decir, a la moral — como un ataque a la sociedad, a la religión y a la virtud.

Un censor oficial, como el que se quiere establecer para las obras teatrales, no es, deliberadamente, un protector de la inmoralidad. Tiene siempre a la protección de la moralidad, es extremadamente útil para la sociedad. Impone una conducta convencional a la gran masa de personas que son incapaces de un juicio ético original y que se perderían al ver fallar los mandatos que han hecho para guiarlos, los legisladores, los filósofos, los profetas y los poetas. Pero la moralidad no cuenta con la censura para su protec-

ción. Ya la fortifican poderosamente la magistratura y todo el cuerpo de las leyes. La blasfemia, la indecencia, el libelo, el engaño, la seducción, la obscenidad, la profanación y todos los demás males que la censura está destinada a prevenir, son castigables por el magistrado civil con toda la severidad del prestigio vehemente. La moralidad posee no sólo todos los instrumentos que los legisladores han ideado para su protección, sino también el peso enorme de la opinión pública, reforzada por el ostracismo social, que es más fuerte que todas las leyes. Un censor que pretende proteger la moralidad es como un niño que empuja los almohadones de un coche de ferrocarril, para darse la ilusión de que está haciendo correr al tren a sesenta millas por hora. Es la inmoralidad, no la moralidad, lo que necesita protección; es la moralidad, no la inmoralidad, lo que necesita freno; pues la moralidad, con todo el peso muerto de la inercia y de la superstición humana, para dejar caer en los hombros del que va adelante, del "porvenir", y toda la maldad de la vulgaridad y del prejuicio para amenazarle, es culpable de muchas persecuciones y de muchos martirios.

Con todo, las persecuciones y los martirios son insignificantes, comparados con el daño causado por las censuras al retardar la marcha general de la cultura. Y esto se nos hará patente imaginando cuál habría sido el efecto de aplicar a toda literatura la censura que aplicamos al teatro. Las obras de Linneo y de los evolucionistas de 1790 a 1830, de Darwin, Wallace, Huxley, Helmoltz, Tyndall, Spencer, Samuel Butler y Ruskin no habrían sido publicadas, pues eran todas inmorales y heréticas en el más alto grado y causaban molestia a mucha gente respetable y piadosa. Actualmente están condenadas por las censuras griega y católico-romana, que las consideran impropias como lectura general. Una censura de la conducta habría sido igualmente desastrosa. La deslealtad de Hampden y de Washington; la irritante inmoralidad de Lutero, no sólo al casarse cuando era sacerdote, sino al casarse con una monja; la herejía de Galileo; las chocantes blasfemias y sacrilegios de Mahoma contra los ídolos; la blasfemia aún más ambrosia de Jesús, cuando declaró que Dios era hijo del hombre y él mismo hijo de Dios; son, todos, ejemplos de inmoralidades que subvieron (toda inmoralidad subleva a alguien), cuya supresión y extinción habría sido más desastrosa que el daño mayor que se puede imaginar como consecuencia de la tolerancia del vicio.

Esos hechos, incontestables como son, pierden lo que tienen de chocante, en la transformación de inmoralidades en moralidades que se produce sin cesar. El cristianismo y el mahometismo, que en un tiempo fueron juzgados y tratados exactamente como se juzga y se trata hoy al anarquismo, se han convertido en religiones establecidas, y en su mismo nombre, se persigue a inmoralidades más recientes. La verdad es que el mayor número de las personas que profesan esas religiones, no han sido nunca más que simples moralistas. Un inglés respetable, que es cristiano porque ha nacido en Clapham, sería mahometano por semejanza de razón, es decir, si hubiese nacido en Constantinopla. El jamás ha tolerado de buen grado la inmoralidad. No adopta una innovación hasta que ésta se ha convertido en moral; y entonces la adopta, no en razón de su mérito, sino solamente porque se ha convertido en moral. Al hacerlo, no se da cuenta de que en un tiempo ha sido inmoral; por consiguiente, sus esfuerzos y resistencias primeras no le han enseñado lección alguna; y él se opone a un nuevo paso en el progreso humano, con tanta indignación como si las costumbres, las maneras y las ideas no hubiesen cambiado desde el principio del mundo. La tolerancia debe serle impuesta como un deber ímprobo y penoso, por sus directores espirituales o políticos; de lo contrario condenará al mundo a la estagnación, que es el castigo de una moralidad inflexible.

At.

# POR LOS SALONES

## Exposición de dibujos de Luis Macaya (Witcomb)

Desde la fenecida "Libre Palabra", de Pacheco y Tito Foppa, conocimos a Luis Macaya como un ilustrador, un periodista del lápiz, quien fué ascendiendo en una inquietud constante de renovación.

De la turbamulta de revistas ilustradas que semanalmente empapan las mil esquinas de la metrópoli, de estas toneladas de papel lujoso y de brillo glacial, jamás pudimos distinguir cuál diferencia existía entre los dibujos, exornados por los avisos y anuncios comerciales sobre las píldoras Equis o los purgativos Zeta, y los que pretendían ilustrar o decorar un cuento o un poema. No negaremos que hubo siempre dibujantes y caricaturistas talentosos, con la entera posesión de su oficio y con rasgos originales. Arató, Cao, Anibal Giménez y otros contemporáneos, podrían honrar con su lápiz el periodismo ilustrado de cualquier metrópoli progresista y culta.

No creemos ni por un instante, que se deba este fenómeno de industrialismo y de mercachiflismo artístico en periódicos y revistas, a los dibujantes como personalidades aisladas. Ellos no están en debate. Es el criterio ramplón, vulgar de las direcciones artísticas de aquí, que ha hecho que la Argentina no posea un *Jugend*, un *Punch*, un *Simplicissimus*, o la monotonía de otras publicaciones francesas, inglesas o norteamericanas donde se ensayan con absoluta independencia y libertad las formas más variadas y modernas del dibujo, de la ilustración y de las portadas decorativas. Prima, entre directores y jefes de redacciones, la hegemonía caligráfica sobre todo otro género. Por este régimen de mahatados, de podados, pocos son los temperamentos que no han sucumbido, teniendo que someter forzosamente a la dictadura del periodismo en rigurosa vigencia. Y era y es para ellos, lo que gráficamente simboliza un refrán italiano: *Mangiare questa minestra o saltare quella finestra*. Trágame esa menestra o saltar aquella ventana, — perdón por el catalanismo, en gracia del ripio y de la regionalidad del expósito.

Cómo pudo Luis Macaya mantenerse incólume de la menor claudicación, de no desfallecer en el continuo servicio de dos amos, como soñ el absorbente trabajo diario y de no ría por la vulgarización de sus dotes, para satisfacer el anodino gusto de los capataces artísticos de la opinión pública, y seguir nutriendo a trompicones el anhelo de aprender, perfeccionarse en una labor desinteresada e íntima?

Es el mayor e intrínseco mérito que nos salta a la vista, contemplando esta pequeña sala moteada por la decoración abigarrada y fantástica de 56 obras, en las cuales se empleó variadas materias, desde la tinta china, el gouache y la acuarela, hasta el procedimiento compuesto en la imitación del grabado antiguo en colores. Esta versatilidad no es el atributo de un diletantismo deleitoso, que no lleva otro fin que el del juego por el juego, en una habilidad funambulésca, en un virtuosismo incongruente, y si denota el amor del artesano por su oficio, quien se complace en alternar, cambiar la técnica siempre y cuando ha de adecuarse armónicamente con el asunto, ya burlesco, decorativo y etc.

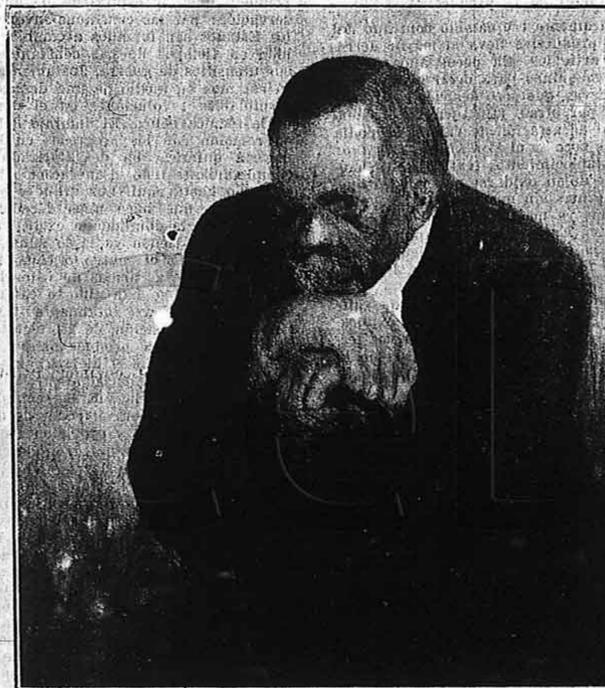
Pudiendo Macaya deslizarse por la vana pendiente del caligrafismo elegante, virtud manual peligrosísima que perdió a tantos, evitándose de pensar, se mantuvo invariablemente en el buen camino, por lo que hay en él de artista imbuido de un sentido práctico y objetivo, del cual se sirvió como pauta en la búsqueda de una documentación a través de la realidad circundante, fruto y perpetua preñe de la humana existencia.

Al no perder contacto con los numerosos modelos ofrecidos por la vida, hizo inagotable su vena, permitiéndole renovarse, ya parcial o generalmente. Era

el suyo un dibujo que denotaba, en el periodismo semanal, la calidad viva de quien se observa y se castiga para dar cuanto sabe y puede. Era su nota la que a los artistas podía darnos motivos de satisfacción, por ser uno de los maestros que detestaba el amaneramiento y el patrón standardizado.

Son todas estas preeminencias — no tan fáciles de superar — de decorador y vifetista humorístico, que encontramos en la mayoría de sus obras. Es donde está mejor y donde su locuacidad de colorista resulta ajustada y casi magistral. Verbigrafió, "El hachador", el "Sailor-bar", "Librería de viejo", "Astillero", etc. y todas las estilizaciones de supremo garbo, de animales.

En cambio, "Selva tropical", "Cazador de tigres", de una fantasía ficticia y artificiosa, de un falso decorativismo, no es lo más suyo en concepto de insensibil-



JOSE ARATO — "Figura"

dad manual, de mero *tour de force*. Es un género solamente apropiado para los preciosistas, quienes saldrán del piso por la voluptuosidad del colorido. Un Pohany, pongamos por caso, ilustrador de gran mérito, y ahora escenógrafo en Nueva York.

Sus cabezas célebres, son también más decorativas que hondas en su carácter. Sabemos demasiado que no se propuso hacer de ellas un estudio serio y profundo, y nuestra observación sería superficial si no fuese que indica su talón de Aquiles, que Macaya sabrá obviarlo, con esa tenacidad suya para el trabajo y el estudio.

## Exposición José Arató (A. A. del Arte)

Después de un largo interregno de silencio, desde sus primeras apariciones ante el público con Vigo y el escultor Riganelli, en el fallecido Salón Costa, José Arató viene a nuestro encuentro para mostrarnos un rincón ya sospechado de su espíritu, que vislumbráramos otrora en la pugna confusa con la indócil materia. No nos sobreprecogió su presente labor, sino por la grata sorpresa, confirmación de la fe que depositáramos en él. En efecto, "Acción de Arte" fué entonces la más cordal y comprensiva en las reseñas sobre muestras; y cuyo grupo editor

supo elogiar justamente y con capacidad aquellos artistas que rasgaban el cascarón de lo ínfimo.

Debería ser para nosotros este conjunto de pinturas, dibujos, aguafuertes y maderas, fuertemente atractivo por la genuina humildad suya, por su tinte de arte social y por su evocación poemática de los tristes y de los rudos, sepultados por la miseria de todos los días en los suburbios fangosos de facha destaralada. Trata con cariño espontáneo y una naturalidad tan encantadora por su fagena frescura, escenas caras a los votados a una prédica humanitaria, quienes por rebeldes, ven todas las lacerias vivientes con los ojos de piedad de un cirujano social. Es una pintura que, especialmente en su nexo anecdótico, se dirige a los hombres de ideas y al pueblo, lo cual a veces sienta por impulso, más que razón, sus instintos y sensaciones.

Sin embargo, ¿es esta una pintura popular? No, no lo es. No es muy posible que lo fuera, en un ambiente de feroz individualismo. Por lo pronto, la inhibe para serlo la carencia de un lenguaje técnico expedito, más sintético, más amplio y simple, librado de imbecilidades que le permita lanzarse sólo a la intensidad de la expresión. Todas las artes colecti-



JOSE ARATO — "Figura"

vismo — en el fondo y en la superficie de sus procedimientos, del cual no se atreven a despojarse.

Allí se encuentra el contrasentido insoluble, dado que la forma, el lenguaje — llámesele Hache — está en franco desacuerdo con el espíritu, y la fusión armónica de esos elementos se halla lejos de producirse. Más explícito: pretenden hablarle a los proletarios, a los humildes, por la representación de sus arquetipos, sus escenas familiares e íntimas, con un idioma inadecuado, confuso, barroco e inútilmente excedido.

Los simples sentimientos y complican esos sentimientos con las pequeñas y reducidas miras propias de un académico, — sea dicho ello en la mejor acepción del vocablo. Breve: venidos de la masa popular y habiendo convivido con ella, no conservaron su ruda franqueza para expresar directamente sus sensaciones.

El remedio se hallaría al alcance de ellos, si al proponerse representar en la escritura, en la pintura o en el grabado el sentir popular, estudiasen estas manifestaciones en los países donde lograron ser expresión colectiva. Y estudiando esos artesanos — artistas a pesar suyo — no llegarían a darnos un arte popular — en el lato sentido que otorgamos nosotros a esta definición, sino que dejaría de ser menos evidente su desorientación, por esta mezcla híbrida de elementos antagónicos entre sí.

No se refieren todas estas objeciones animadas de un sincero deseo de decir nuestra pequeña verdad con el fin de auxiliar y esclarecer en lo que podamos a quienes tenemos en alta estima y nos son más afines — exclusivamente a la muestra de José Arató. Si ella nos las sugiere, se debe a que, a pesar de todo, adolece, quizás en menor grado, de ese defecto común del grupo de los Palazzo, de los cuales sólo Juan pudo salir victorioso con su libro "La Casa por Dentro". Como hicieramos notar antes, Arató se salva por el cariño y la ingenua frescura que interpreta los personajes y las cosas denominadas por él "El Arrancador". Denota, sin embargo, una sensibilidad más literaria que plástica. No siempre puede expresarse con fluidez. Al contrario, a veces padece de pobreza, y hay grandes trozos en sus cuadros sin resolver e imprecisos. Pero no haremos hincapié en ello, ya que esto puede ser sub-

stancialmente para elevarla al rango de una verdad colectiva de arte.

Declararnos que están mucho más cerca de esta leve huella las tendencias artísticas avanzadas — cubismo, etc. — que se inclinan a lo impersonal, al anónimo de los primitivos artesanos — quienes desaparecieron tras de sus obras individuales, para integrarse en un esfuerzo común. Y ellas, en sus abstractas geométricas, es más probable que algún día se conviertan en escritura artística, colectiva y popular, que quienes en su instinto y buenas intenciones se ponen graves y trascendentalizan humanitariamente e intentan estilizar haciendo preciosismo y verismo en confusión babélica. Hay un resto de arte burgués — por provin-

ciando con el tiempo y con un poco más de aplicación. Y es aplicable. Se halla aún en el período literario, donde la teoría pugna y riñe su gran batalla con la realización, con lo que se ha de llevar al lienzo. No existe artista, — y siempre fueron los mejores, — que no haya sido torturado inenarrablemente por ese trance de híbrido inevitable. En el afán de expresar sensaciones extrapictóricas — si se nos permite el término provisorio — que vayan más allá del problema plástico solucionado, fríamente, se descuida, en ocasiones, lo considerado accesorio, que frecuentemente cobra importancia capital para la limpidez y hasta para la hermosura de esas mismas sensaciones.

Sus naturalezas muertas son las que más revelan al plástico y al artista. Su verdadero camino futuro es "Mesía de Pobre", donde pudo maridar armoniosamente la sensibilidad plástica y literaria: el asunto, el nexo anecdótico, expresado con belleza pictórica. Es que si lo uno no es acompañado de lo otro, la obra marra en su base.

En sus dibujos, grabados y aguafuertes suele ser casi siempre más expresivo que con los pinceles. Pero aquí existe también — en algunos grabados en madera — un preciosismo, un arabesco de líneas y grafías mal entendido y contra-productivo.

Afirmemos de todos modos que la presente muestra nos acabó por descubrir plenamente un temperamento de artista que irá lejos en sus propósitos de continuar estudiando con seriedad y con la sinceridad que es ya una de las características del acervo total de sus obras.

## La XV exposición de Arte Internacional de Venecia

De este certamen internacional destacamos algunas noticias de interés general, extractadas de una crónica inserta en el periódico anarquista *Fede*, bajo la firma del crítico Viniolo Paladini:

En la sala central se han reunido las numerosas obras de Giovanni Segantini, las cuales, pasando por alto algunas telas enfermas de simbolismo por la influencia ejercida sobre él por Previati, nos hace revivir la trágica existencia de este gran espíritu sumergido en un mar de dolor.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

interpretación de los valores atmosféricos y plásticos, vigorosa en sus relaciones de tonos y de las masas esquematizadas en sus elementos esenciales.

En algunos de sus grandes cuadros, donde sus intenciones aparecen de manera menos modesta, una gran parte de esta sugestión de placer visual se pierde, para dar lugar a una especie de *Mancini*, en el contraste artificioso de luces y colores.

En el mismo plano teórico se encuentra Carrá, complicado del esfuerzo de esquematizar más las formas elementales y por un sutil amor hacia luces vesperales, que se resienten de la búsqueda de una pintura metafísica, de la cual, con De Chirico, ha sido uno de los creadores."

En esta crónica hemos dado preferencia a los expositores de una personalidad

# Guy de Maupassant

No tiene el aire de un hombre de letras.

El señor Guy de Maupassant es un mozo de 35 años, delgado, de porte militar, correctamente vestido.

Visto desde lejos, cuando no sabe que lo miran, hay en su fisonomía algo duro e insolente.

Pero desde que se habla con él, el aspecto se modifica; a la apariencia de hace un instante, reemplaza una bondad cortés que parece natural. Una sonrisa placidez lo envuelve de pies a cabeza.

La mirada quizá sea desconocida, pero su voz es muy dulce. Sus modales; reservados pecan de poca familiaridad. El conjunto es circunspecto y muy modesto.

Se puede verlo todos los días, durante años; sean cuales sean las circunstancias y siempre se tendrá ante sí al mismo ser indiferente.

Se expresa exactamente como escribe. Escuchándolo se reconoce su prosa. Su conversación es prudente, calculada. No dice más que lo necesario y raramente

esta es peligrosa. Nunca se sabe bien librado con este normando.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

El autor de la "Maison Teller", es casto en sus cosas. No teman invitarle a conversar con señoritas. Es un perfecto hombre de mundo. Si alguno, alentado por su presencia, aventura alguna historia picaresca, Guy de Maupassant sonríe, pero igual a los otros. Desafío a cualquiera a que lo arrastre a honduras escabrosas.

Creo que en el fondo es de aquellos que no saben ser inconvenientes más que a medias. Guy de Maupassant jamás bromea sobre este capítulo.

definida y que intervienen con una muestra de capital importancia.

Viniolo Paladini elogia, además, a Giorg Sciltian, el pintor armenio, de quien el *Suplemento* se ocupa; de Boris Glogorjoff, con un inquietante retrato de Gorky, de Felice Carena, al que llama el triunfador de este certamen.

Parece que los pintores del ochocientos italiano, tuvieron un lugar preponderante en esta exposición, ocupando varias salas. También se desprende que algunos estaban completamente desprovistos de valor artístico, y sólo mediaba el juego de la resurrección de una fuerte racha *chavvinista*. Es un retorno al *antico*, con toda la fanfarria de los prejuicios ancestrales.

Hay muertos poco afortunados. Hasta después de haber desaparecido, han de servir de trampolín para las pobríssimas pasiones de los vivos.

Si la conversación decae en su presencia, deja que decaiga, pero no se retira. Jamás se sabe si se aburre o si se divierte. Sabe gozar con el aburrimiento de los demás, y sea cual sea el acogimiento, su apretón de manos es invariable.

A él nada le importa el valor de su interlocutor o del tema. Con igual serenidad escucha las discusiones más elevadas y las más pesadas sandeces. Todos los hombres y todas las cosas deben tener la misma importancia o la misma insignificancia a sus ojos. Si alguno lo envidia, él no envidia a nadie. Hecho raro en los tiempos que corremos.

El éxito de Zola o de Daudet, no le impide dormir. Para él es igual. No pertenece a ningún bando ni partido. No conozco, ni sus admiraciones ni sus odios. Gana 60.000 francos anuales con su pluma, y no se ocupa de las otras, ni aún las lee. Si uno dice lo contrario, se burla. Le gusta navegar. ¡Ah, su bote! Lo prefiere a todo. Lo que le interesa, lo que le produce verdadera alegría es la naturaleza. Vive con ella. Sólo ella lo emociona y enterneca. Sólo ella con-

tra los bosques, para los ríos.

Recuérdese su relación del viaje por Córcega y la Normandía de sus novelas. Cuando describe un camino verde, un claro de luna, una cabaña, no solamente es un realista, sino también un poeta enamorado. Se diría un amante que describe las bellezas de su querida.

Esta adoración lo quita de muchas cosas. Mirándolo de cerca, encuentro que se parece a sus paisanos. Como ellos, me parece, a la vez, misántropo y fanático, rústico en el fondo, paciente y amañado, soñador a pesar suyo y libertario.

Luego, de una voluntad y clarividencia poco comunes, sabe lo que hará mañana. Conoce su vida de antemano y las emociones que experimentará.

Además es de una desconfianza excesiva.

Ella constituye el rasgo principal de su carácter. Y explica también su actitud reservada, su lenguaje desconcertante, sus actos, y en cierto modo, la observación amarga del escritor. La preocupación constante de Guy de Maupassant es de no parecer ridículo, y siempre encuentra que lo parece demasiado, a pesar de ser el más astuto de los hombres. Desprecia los sensibles y los quiméricos. No se entrega y no cree en nadie; marcha, en fin, con el revólver en la mano.

Con él, naturalmente, ni virtud, ni delicadeza; el interés y la vanidad dirigen el mundo y no hay excepciones.

Si se le prueba amistad, tiende el oído y espera. Si encuentra una buena acción, la desmenuza y busca sus malos resortes ocultos. Es las "Máximas" de la Rochefoucauld en carne y hueso.

De este modo ha hecho su camino. Y en cada empresa ha triunfado. Hay que decir en bien suyo, que no se juzga mejor que los otros. Lejos de eso. En los días de su pretendido abandono, Guy de Maupassant enumeró sus culpas y proclamó en voz alta su habilidad para mentir.



JOSE ARATO — "De la Feria"

la continuidad de la tradición pictórica nacional, para originar una pintura de *manchas*, modesta a su finalidad, tendiendo únicamente a dar de la campiña toscana su aspecto más virgen y fresco a través de una visión personal: una in-

el desprecio hacia su arte y su amor inmoderado al dinero.

De creerlo, sería larga la lista de sus pecados.

Estuve en Cannes un invierno al mismo tiempo que Guy de Maupassant. A todas horas lo encontraba, de día y por la noche, sobre la tierra, sobre el mar, en todas partes, y me preguntaba cuándo trabajaba. El misterio es muy sencillo: trabajaba apenas dos o tres horas por día. Tenía una facilidad asombrosa. Basta la consideración de los pocos instantes consagrados a su oficio y su poderosa fecundidad. Desde 1880, época en que comenzó a escribir, ha producido más de trescientos cuentos.

No hablo de novelas suyas, que son largas; y nótese que se trata aquí de obras eminentemente artísticas. Sus manuscritos, de letra clara y firme, no tienen erratas.

Cuando trabaja, trabaja apaciblemente como cuando come, como cuando habla. El señor Guy de Maupassant, no conoce la exaltación.

Si un fastidioso lo visita mientras está trabajando, Guy de Maupassant lo recibe. Una vez que el visitante ha partido, renuuda con filosofía su tarea interrumpida. Nadie resulta inoportuno con este hombre.

Si leen por encima de su hombro ni lo molestarán ni pecarán de indiscretos. Para él la inspiración no existe. Como

no es de suponer, tal seguridad no se adquiere así, en seguida.

Este artículo pertenece a la célebre pluma del dramaturgo Jorge Porto-Riche, que fue íntimo de Maupassant y lo trató asiduamente durante toda su vida.

Ahora que Francia intenta resucitarle literariamente, en una nueva revisión de valores intelectuales y artísticos, resulta de rigurosa actualidad este brillante retrato compuesto en la lejana época de la aparición de la famosa novela "Bel Ami" o sea "El Buen Mozo".

Esta tentativa de exhumar la memoria gloriosa del poderoso novelista francés, se debió al gran escritor escandinavo Bojer, quien, a los postres de un banquete celebrado entre gentes de letras, hizo la siguiente declaración:

"Tenéis un escritor verdaderamente extraordinario, a quien se me figura que no dais mayor importancia; y es Maupassant. Maupassant es uno de los primeros escritores del siglo XIX, acaso el primero como narrador."

Se ha añadido aún, para hacer más justicia a esta póstuma reparación, que Tolstoy afirmó en varias ocasiones que el novelista francés que más le interesaba era Maupassant. Lo consideraba como el más talentoso escritor narrativo, y prometía que en el ascenso de la edad madura llegaría a producir obras de auténtica genialidad.

LEON TOLSTOY

RECUERDOS DE INFANCIA

Antes de almorzar, nuestro padre nos conduce a hacer un paseo. Aunque después de nuestra llegada a Moscú hubiese tenido ocasión de pasearme por las avenidas, no podía acostumbrarme aún a la apariencia extraña de los habitantes de esa ciudad, ni a sus maneras; me era sobre todo más difícil comprender por qué, en Moscú, los transeúntes no prestaban ninguna atención a nosotros; al contrario, no solamente nadie se descubría ante nosotros, sino que había algunos que nos miraban con malos ojos, otros que al pasar nos empujaban sin cuidado, y todos se conducían ante nosotros como si decididamente hubiésemos cesado de ser los hijos de P. A. Irtenev y los propietarios de las aldeas Petrovskoe, Khabarovka y de otras. Me esforzaba en encontrar la causa de esa indiferencia general, que era casi desprecio, hacia nosotros. En los principios, supuse que se debía a lo mal vestidos que íbamos, pareciéndonos a pequeños campesinos; sin embargo vestíamos sobretodos elegantes que debían, como creía con razón, inspirar algún respeto; en seguida pensé que nadie todavía nos conocía, y no obstante transcurrieron varios días sin que nos tuvieran tampoco en cuenta; en fin, después de todo pensé que probablemente nos habíamos atraído la cólera general y buscaba adivinar la causa.

Llegamos hasta la avenida Prechtstinski, mi padre avanzaba lentamente por el medio; nosotros corríamos velozmente alrededor de los tilos desahucados y sobre la yerba amarillenta. Ante nosotros caminaba una dama elegante, con una niña de siete años, de pellica con bordes de terciopelo rojo y calzado de pieles. La pequeña hacía rodar un arco, con tanta inoportunidad que no se comprendía bien por qué lo hacía. Se diría más bien que hubiese recibido la orden de hacer rodar su arco hasta un punto determinado, y no que jugase. ¿Cuánto difería de Libouchka y de Jousevka, que hacían temblar los platos cuando corrían por el comedor!

Nuestro padre alcanzó a la dama y a la niña, y llamándonos nos presentó a ellas. Saludamos y nos quitamos nuestras gorras. Como he dicho, me hallaba de tal modo estupefacto de que ninguna persona en la calle nos dijera los buenos días, que, al contrario, los transeúntes nos demostraban una indiferencia absoluta, que había caído en el otro extremo: me volví servil y obsequioso. Así, habiéndome quitado la gorra la conservaba en la mano, guardando una actitud respetuosa. Volodia me tira de la manga del sobretodo y me dice:

—¿Por qué te quedas con la gorra en la mano, como un lacayo?

¡Oh, cómo me hirió esa observación! Jamás olvidaré con qué cólera y torpeza me cubrí, pasando a la vereda opuesta.

La dama era la prima de mi padre, y se llamaba Valalchina. Se dirigía, como nosotros, hacia la avenida Tverskoi; continuamos, pues, el camino juntos. Mi padre parecía tener mucho cariño a su prima. Le rogó que enviara su hija mayor a nuestra casa, donde, posiblemente, habría música y baile. Ella consintió en seguida. En la avenida Nikitski, el número de paseantes matutinos, es decir las damas y los señores, fué aumentando. Valalchina, empezó a despalear la marcha, y hablar en francés: cuando cruzamos la plaza y alcanzamos la avenida Tverskoi, ella comenzó a tartajear y llamar a su hija ya no Mchenka, como lo hacía en la avenida Nikitski, y sí Maria. Me hallaba asombrado. Comprendiendo cuál importancia tenía la avenida Tverskoi, meforcé en parecerme, por mi aspecto y mi andar, no a un Nikolienka cualquiera y sí a un Nix, a un muchachuelo de ese género.

Bien pronto a nuestra llegada a Moscú habíamos amistado con los tres hermanos Ivine, muchachos de nuestra edad. El mayor, metido en carnes, apático, propenso a transcribir continuamente no era lindo, pero los otros dos eran bellos. Nosotros solíamos visitarlos y ellos a nosotros; en los dos casos me sentía transportar de alegría. Amaba locamente a los dos menores, me hallaba presto a sacrificárselo todo; no los quería con amistad, sino que estaba enamorado de ellos, como el que experimenta ese sentimiento por la primera vez; y si soñaba con ellos, lloraba. He aquí, una prueba de mi amor: uno de los más pequeños tenía la mala costumbre — por la cual su gobernanta le reprendía a menudo — de estar guiñando los ojos en todo momento. Cuando pienso ahora, recuerdo que ese tic le afeaba bastante. Y asimismo, entonces, ese tic lo encontraba delicioso; me parecía que era el mayor encanto de mi camarada, y me ensayaba también a guiñar los ojos como él. Fuera de nuestros encuentros, nos entreteníamos sobre todo en jugar a los soldados, es decir en representar las diferentes escenas de la vida militar: marchas, combates, descansos y también los castigos.

Así es, que yo debía ser el único castigado y lo más frecuentemente, sin que supiera por qué; es extraño, aunque los pañuelos mojados me hicieran tanto daño como los verdaderos latigazos, no puedo



Tony Hallbauer. — LA COSECHA

decir que el dolor experimentado me fuese desagradable. Lo que me complacía en vuestras relaciones es que no nos llamáramos mutuamente con diminutivos: Nico-léncha; Petroucha, sino pos nuestros nombres intactos, Nicolás y Pedro.

La avenida se hallaba, pues, llena de gente, el sol centelleaba alegremente sobre todos los objetos: sobre los botines bien ilustrados de los caballeros, sobre los sombreros de satén de las damas, sobre las hombreras y los alambres de los militares, también sobre un botón de un soldado que nos cruzaba, con una bolsa al brazo, todo brillaba como oro. Sobre la arena limpia del camino, donde se percibían las líneas curvas trazadas por la escoba de ramas secas, gracias de arena centelleaban como diamantes.

Algunos paseantes avanzaban a pasos lentos, los brazos cruzados a la espalda y entre las manos un bastón; otros caminaban balanceando los brazos como si tuvieran apuro por llegar a alguna parte, aunque en realidad iban y venían como estaba haciéndolo casi todo el mundo. A primera vista el fulgor de los colores atraía la atención, mas a medida que se avanzaba, los sombreros, las hombreras y los redingotes se destacaban de esa muchedumbre abigarrada. Desde lejos, todas las figuras parecían bellas; mas si se aproximaban me gustaban menos. Me sentía desilusionado tan pronto por una larga nariz, saliendo de bajo de un sombrero amarillo, como por la mirada indiferente que posaba sobre mí un redingote, o bien la risa y las voces estúpidas de las hombreras y de los redingotes que se apretujaban en muchedumbre, y de nuevo fijaba mis ojos en la muchedumbre variolada ante mí, como si esperase y buscase a alguien. En efecto, reconocí a cien pasos de nosotros a los Ivine con su institutriz.

—Mira papá —gritaba loco de alegría riendo hacérsela participar a otra persona — aquí vienen los Ivine.

Mi padre asintió benévolutamente, pues estaba ocupado en saludar y en sonreír a una dama. En cuanto a Volodia, me preguntó:

—¿Dónde los ves?  
—Detrás de ese coronel y esa dama, los tres con sobretodos con pieles de castor.  
—Te equivocas, es un negociante.

sentada una bella dama, maravillosamente vestida de seda, con un cuello como los que usa mamá. Lefa una novela francesa. Me encontraba muy asombrado, sabía qué mirar, le preguntaba si podía aventurarme a caminar sobre la alfombra con mis zapatos cubiertos de polvo, y si debía agradecer a esa dama — el hada de ese aposento — por haber dispuesto así de estos tesoros y tener permiso de entrar.

Ella se puso de pie detrás del mostrador, desde que nos apercebí, preguntó a papá lo que deseaba. "No es más que una comerciante", me dije; y asintiendo como sus brazos son blancos y qué bien habla francés. Me fué un poco desagradable constatar que una tendera podía sentirse tan elegantemente como mamá y ser novias francesas. ¡Es Moscú! Y la miraba sinceramente no tener cerca mí Nathalie Savicha y el cazador Touroux, quienes confírmeme mi estupefacción: dedí en seguida narrarles todo detalladamente en el primer encuentro que tuviera. Papá con visible empujón pidió un botón, una libra de cada clase, y la shorta Ulyb extibir me llamaba tanto atacaña, empezó con una destreza extraordinaria a tomar puñados de diferentes cajones y arrojarlos sobre un plano luciente. Papá se había acomodado en el mostrador y hablaba en voz baja con la damisela: noté que ella sonreía amablemente y sus miradas se hacían ágiles. La vendedora, continuando su trabajo, respondía de tiempo en tiempo en frases en francés bien redondeadas; las que entraba invariablemente a notar, arrojando siempre enigmáticamente. Papá se dirigió a mí y mi mirada le dió un vistazo y la suya me replicó tú me miras. Nos comprendimos en un abrir y cerrar de ojos y así cesamos de mirarnos.

—¿Qué queréis los niños? — nos preguntó.

Naturalmente, hallándome persuadido de que en semejante situación podría pedir mejor del mundo, me quedé perplejo, sabiendo qué escoger, por el miedo de vivorarme.

—Que se les dé una taza de chocolate. —Ernesto! — gritó la francesa.

Ernesto, un muchacho bastante sucio, delante, apareció anunciándome que el chocolate sería servido al instante en la sala del fondo, donde nos dirigimos yo mi hermano. Volodia se puso a mirar a una ventana con satisfacción manifiesta; yo hojeaba los diarios, recorriendo curiosidad líneas de lectura cuyo sentido se me escapaba. Y todavía nos hacían mirar el chocolate. Me aproximé a paso a paso a la puerta y me situé frente al mostrador del medio, que reflejaba las siluetas de papá y de la francesa. Ella se había puesto a leer y tenía su libro en la mano, sin leerlo y hablando; papá, los ojos cerrados, una sonrisa dulzona en los labios, se inclinaba por encima del mostrador; su cara se hallaba más cerca de la damisela de lo que exige la cortesía; me dio asimismo ver claramente las manos de mi padre acariciando una de la vendedora, y le vi inclinarse más, cerrar los ojos y extender su boca para dar un beso sin duda, pues adelantaba vivamente la cabeza. De golpe se detuvo y se sintió sobre una silla, todo colorado. En ese momento resonó la campanilla de la entrada, y un señor muy elegante apareció en el espejo: lo escuché pronunciar en francés:

—Buen día, señor.

Y luego pasa. Probablemente era el dueño de la confitería. ¿En qué se había convertido la gravedad, la seriedad y la conciencia de su poder que habitualmente expresaba el rostro de mi padre, en el momento que se echó para atrás como un escolar y todo ruborizado se estuvo inspeccionando los armarios? Ernesto al fin traía el chocolate: lo recibí con delicia, recuerdo haberme llamado la garganta, suscitado la boca, y al salir del mostrador me quedé en el salón con los bisecchos. Retornando al brazo y continuaba conversando con la francesa, que al presente parecía bastante desagradable. Lo esencial es que comprendía bien cuales relaciones existían entre ellos; pero sobrevivía algo muy limpio. Papá terminó la plática diciendo: "Sí, sí, soy un poco viejo". Y pasaba una mano por su cabeza casi a lo que parece, vuelve a mirar las miradas, que se fijan sobre él, un cierto despecho nos dice:

D. A. DE SANTILLAN

POR LA COLONIZACION ANARQUISTA

II

Los precursores del moderno socialismo, los Fourier, los Owen, los Cabel, a quienes la escuela "científica" del socialismo llama utópicos, no concibieron el socialismo como una tendencia indiferente a la inmediata realización y experimentación. ¿Por qué se ha perdido hasta tal punto el deseo de experimentar, de probar en la realidad la virtualidad de nuestras ideas? Nos hemos conformado con la experiencia del movimiento obrero en sus contiendas anticapitalistas y antiestatistas y eso es mucho, en ese movimiento pueden ser elaborados sentimientos de solidaridad, de ayuda mutua y de lucha contra el mal, la injusticia y el privilegio. Contra los que menosprecian la significación del movimiento obrero nos hemos esforzado en su defensa apasionada, pero frente a los que suponen que el movimiento obrero de las ciudades es todo, frente a los que no levantan la mirada más allá de los horizontes de la vida sindical, por revolucionaria que sea, decimos que eso es insuficiente.

No somos muchos, pero somos bastante para hacer algo más, para levantar más la voz y obrar más fecundamente en beneficio de nuestras ideas. Si existiera en nuestros días un Bakunin, sabría hallar más medios para poner en tensión las voluntades existentes y no se contentaría con trillar mecánicamente el camino de la rutina. La táctica de nuestro movimiento se modificó y se modificará sin cesar siguiendo las circunstancias y posibilidades. Cuando los adeptos del anarquismo en un país podían sentarse en el banco de una plaza, los métodos tácticos de propaganda y de acción revolucionaria tenían que ser forzosamente diversos de los del tiempo en que nuestros amigos se cuentan por centenares y por millares en cada ciudad de alguna importancia. Esto se deja caer de su peso y si decimos que nuestras concepciones tácticas no deben basamentarse en dogma alguno, creemos que interpretamos la opinión general de nuestros camaradas.

Por ejemplo, hubo en el anarquismo un prejuicio tradicional contra toda edificación sólida de instituciones del movimiento. En América se han quebrantado prácticamente muchos de esos prejuicios; una preocupación de nuestros camaradas de los países latino-americanos es la instalación de imprentas para el movimiento y es precisamente la imprenta de LA PROTESTA, hasta ahora, la acumulación más valiosa que hayan creado los anarquistas en el mundo. Pero si en ese dominio en la América latina no existe ya ninguno de los prejuicios absurdos que observamos en Europa, por ejemplo, hay, sin embargo, muchos otros que tal vez se deben más a pereza y a irresolución que a ninguna otra cosa. Calcúlese sólo lo que pagan los sindicatos, grupos, periódicos nuestros en concepto de alquiler de locales, teatros y demás en un solo año en un gran centro de propaganda y dígame si no podría edificarse en pocos años una amplia Casa del Pueblo, como le llaman los socialistas. En vista que menospreciamos las reivindicaciones cotidianas de los trabajadores, en vista que tenemos la convicción de que la preparación del porvenir y la lucha por la anarquía no puede pasar por alto el pan de cada día y la defensa de los derechos más elementales del hombre siempre amenazados por los privilegiados, no vemos por qué no habríamos de consolidar en todas las formas posibles nuestro movimiento. Hay grandes poblaciones en Europa donde los socialistas de Estado son inexpugnables porque supieron crearse en una Casa del Pueblo, por ejemplo, una verdadera institución social que mantie-

ne de un modo u otro un contacto continuo con grandes masas de trabajadores. Aquel viejo razonamiento que se nos ha presentado, diciendo que en lugar de preocuparnos de edificar una Casa del Pueblo debíamos precipitar los acontecimientos y espropiar a la burguesía alguno de sus magníficos palacios, es demasiado inconsistente para tener que debatirlo. En ciudades como Buenos Aires, Barcelona, México, etc., se gastan anualmente enormes sumas de dinero en concepto de alquileres de locales; los que quisieran la expropiación de algún gran palacio de la burguesía no advierten que con la táctica actual el movimiento favorece a los propietarios y se encuentra siempre inseguro en su base material. La vida de los sindicatos de una gran ciudad es un fenómeno histórico inevitable y aunque no fuera más que por las ventajas que faltarían de la disposición de un punto fijo de concentración y de relación, se debería examinar la posibilidad de subsanar los inconvenientes actuales.

Pero esto es lo que nos proponemos ampliar aquí.

Aquí queremos decir que una experimentación práctica cualquiera en el sentido de nuestras ideas, nunca es nociva; con triunfo práctico o sin él, siempre deduciremos enseñanzas útiles y aplicaciones nuevas en diversos órdenes de la vida.

En Estados Unidos hay innumerables sectas religiosas y de tendencias sociales también que, disgustadas de la vida actual, se retiran lejos de los centros capitalistas, fundan una forma de vida propia, trabajan y conviven a su gusto y se víven todo lo que pueden de las leyes imperiosas del capitalismo.

Durante muchos años hubo entre los anarquistas también la tendencia a formar pequeñas colonias agrícolas. Los ensayos hechos resultaron fracasos formidables, naturalmente. En la actualidad, apenas alguno que otro entre los individualistas prestigian dichos ensayos de colonias. El argumento principal nuestro en contra, ha sido bien expresado por Eliseo Reclus. No queremos apartarnos de la vida actual y retirarnos a un desierto o a una isla lejana; queremos luchar por el porvenir en medio del presente, sufriendo, y propagando nuestras ideas hasta que la mentalidad humana nos comprenda y se dispóngala a reconocer y practicar la libertad.

Esas pequeñas colonias anarquistas que se ensayaron en diversos países, tenían que fracasar forzosamente, por una parte a causa de sus míseros recursos materiales, y en segundo lugar, si hubiesen triunfado materialmente, sus miembros habrían seguido el curso natural en todos esos casos: los intereses del dinero y la necesidad de someterse a las leyes capitalistas de la economía les obligarían a olvidarse paulatinamente de la revolución, para lo cual dieron ya un primer paso al fundar la colonia. El problema social a cuya solución aspiramos es, como su nombre lo indica, social y no individual. La emancipación y la libertad a que nosotros tendemos son sociales, es decir, no se resuelven con el mero triunfo del individuo. Individualmente no sería fácil a muchos salir de esta penosa situación, sea por la vía de la especulación comercial o de la política. Pero con eso no habremos hecho más que una cosa: restar un combatiente más a las fuerzas de la revolución y agregarlo al bloque de los conservadores del sistema del privilegio.

En una palabra: las pequeñas colonias anarquistas, aunque sus experiencias nos hayan sido provechosas e instructivas como enseñanza útil, no prevalecieron porque no podían aportar ningún beneficio material ni moral al movimiento. Eran empresas individuales como las de cualquier comerciante o grupo de comerciantes que hacen ensayos, sin ningún idealismo revolucionario, para mejorar su situación y vivir una vida más cómoda. Lo que han tenido de bueno, lo mismo que el llamado socialismo utópico, es la tendencia experimental. Esa tendencia es la que debíamos recoger

e integrar en los valores y postulados de nuestra táctica cotidiana.

Entrar a refutar los pretendidos valores de la pequeña colonia anarquista, separada del resto del movimiento y de la vida actual, sería superfluo, pues, como hemos dicho, su propensión por algunos individualistas no puede considerarse como tendencia existente en una parte de nuestro movimiento.

Pero si seríamos adversarios de ensayos individuales, tanto en el terreno industrial como en el agrícola, en nombre de nuestras ideas y con el pretexto de servir a nuestras ideas, toda empresa del movimiento mismo, la compra de una imprenta, la edificación de una Casa del Pueblo, la colonización agrícola, nos parece que debiera ser estimulada y fomentada. El plan o la utopía que queremos exponer, no es ni más ni menos que una colonización agrícola por el movimiento y para el movimiento. Rechazaríamos de plano la realización de esa idea por un individuo o por una agrupación, aunque estén animados de las mejores intenciones; en cambio daríamos todo nuestro entusiasmo a esa obra, si el contingente general de las fuerzas revolucionarias de la libertad la hicieran suya.

Repetimos nuestro deseo de que se lean estas líneas sin opiniones preconcebidas, y se haga saber el modo de pensar de cada uno con la sinceridad que nosotros expresamos el nuestro.

Las discusiones tan noblemente inspiradas sobre la cuestión agraria y la necesidad de buscar el medio de extender el movimiento anarquista a la población del campo, nos han llevado a un punto muerto en que se van a estrellar seguramente los mejores propósitos: la inconciliabilidad de los intereses de los peones y de los colonos arrendatarios y la dificultad que hay en la integración de ambos simultáneamente a nuestro movimiento. No desesperemos sin embargo de encontrar alguna salida satisfactoria para todos. Mientras tanto, examinemos esta derivación de la cuestión agraria considerada desde el punto de vista de la fortificación y consolidación de las fuerzas materiales y morales del movimiento: la colonización agraria, como empresa del movimiento mismo. Hemos perdido el tiempo en tantas discusiones bizantinas y en tantas luchas facinorosas, que la dedicación de algunas horas de meditación a la aprobación o al rechazo de nuestra utopía no pueden agregar mucho a la cuenta de las horas perdidas inútilmente para la propaganda.

No defendemos esta idea acariaciada hace mucho tiempo más que contra las malas interpretaciones posibles; contra las réplicas y las objeciones sinceras, expresamos de antemano nuestro reconocimiento. Nos hemos trazado por norma dar más fe a la opinión de todos que a la nuestra propia, sin que eso nos impida pensar por nuestra propia cuenta.

Advertisement for Errico Malatesta, featuring a portrait and text: "1926 EDITORIAL LA PROTESTA BUENOS AIRES 1923".

Un tomo en rústica, \$ 1.20. Edición especial, papel pluma... 2.00. Encuadrado en tela... 3.50.

AGUSTIN SOUCHY

# Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(CONTINUACION)

A causa de las divergencias de opinión sobre el mejor modo de realizar la propaganda, en 1899 Landauer salió de la redacción del *Sozialist*. En 1896 fué como delegado de los anarquistas alemanes a Londres, al congreso socialista internacional. En ese congreso los socialdemócratas y los marxistas resolvieron excluir a los anarquistas de sus congresos. Esa resolución no aportó al movimiento obrero ningún beneficio, pues los anarquistas representaban las fuerzas radicales y el germen impulsivo del movimiento obrero internacional. Si hubiera vencido el espíritu anarquista en el movimiento obrero internacional, entonces los trabajadores habrían encontrado las fuerzas necesarias para defenderse contra el estallido de la guerra. El espíritu marxista-socialdemócrata, que triunfó en el congreso de Londres sobre el espíritu anarquista en toda la línea, tuvo por consecuencia un adormecimiento del movimiento obrero y se volvió inepto para la acción realmente eficaz. Landauer tuvo en ese congreso un conflicto con Wilhelm Liebknecht, el padre de Karl Liebknecht, que cayó en la revolución, como Landauer, víctima de la inhumanidad de las bandos militares. Pero el viejo Liebknecht era un parlamentario y un político y el influjo de la política dejó en su carácter rasgos sensibles, que se expresaron también en su comportamiento frente a Bakunin, al que como se sabe calumnió como agente policial y repitió esa calumnia a pesar de haber confesado que no podía demostrarla.

Cuando Landauer abandonó la redacción del *Sozialist*, lo pasó miserablemente desde el punto de vista material. Vivió algunos años en medio del hambre haciendo trabajos de traducción; pero no se sintió movido a escribir algo contra sus convicciones. Tradujo trabajos de Kropotkin casi al mismo tiempo que eran publicados en *Les Temps nouveaux*. Por esa época entró Landauer en relación con el noble Moritz von Egidy, llamado el segundo Cristo por sus adversarios. Pero Moritz von Egidy, que era germano de raza, era cualquier cosa menos un charlatán social. No propagaba un sistema especial, no tenía receta alguna del amor cristiano, pero era un combatiente del progreso, tal vez el porvenir materializado que invoca nuestra más pura aspiración y nuestro interior más profundo. Cuando Landauer era aun redactor del *Sozialist*, Moritz von Egidy incitó a Landauer a protestar en el periódico contra un crimen judicial, contra la sentencia de muerte dictada contra el barbero Ziethen. Landauer protestó y acusó a un comisario de policía de perjurio. Pero como no pudo demostrar esa acusación irrefutablemente, fué condenado a seis meses de prisión. El fiscal reconoció la pureza de los motivos de Landauer, de lo contrario habría habido que esperar una sentencia más severa. Desde la prisión escribió Landauer en una carta: "Me ha ido bien". Cuando dejó la prisión, continuaron los viejos sufrimientos: las preocupaciones por la existencia de su mujer y de sus hijos le apremiaron como antes.

Por esa época apareció en Berlín una nueva corriente religiosa, cuyos principales representantes eran los hermanos Hart. Se fundó una asociación *Die neue Gemeinschaft*. También Landauer tomó parte en ese movimiento, como en todos los movimientos nuevos. Hizo propaganda en ese círculo por sus ideas socialistas-anarquistas. Su contribución consistió ante todo en un pequeño escrito, pero en extremo macizo, *Durch Abspöderung zur Gemeinschaft* (A la comunidad por la singularización) En una conferencia sobre F. Nietzsche, hizo las amargas declaraciones siguientes: "¿Tenéis grandes genios, grandes filósofos, grandes artistas en Alemania? A eso sólo puedo responder: sí; Bismarck". Verdaderamente, dijo Landauer, Nietzsche no amaba la naturaleza de Bismarck y su mundo; odiaba ese reino de la fuerza exterior y de la violen-

cia brutal; pero quería decir: así es preciso consagrarse a la causa, así es preciso ser en cualquier pasión, inspirado por una única voluntad como lo estaba Bismarck, para realizar algo en alguna parte, para significar algo, para ser hombres. En este sentido se dedicó Landauer enteramente a su causa, se entregó por completo a ella, pero exigió lo mismo a los demás. Y eso es lo que contribuyó a que no encontrase muchos adeptos para su socialismo; pedía demasiado, pedía el ser humano íntegro.

Después de alguna permanencia en Londres en 1902, volvió Landauer a Berlín y se casó por segunda vez con la poetisa Hedwig Lachmann. Silenciosamente, retirada a la manera legítimamente femenina, se entregaba ésta a la misma pasión artística que él; en ella dominaba el mismo celo ardiente y poseía un alma fogosa, cuyo brillo parecía una silenciosa piedra preciosa. Vivió con ella en un matrimonio penetrado por la más profunda armonía imaginable. Un matrimonio como ese en que dos seres humanos se unían para la más elevada actividad creadora, según la arraigada convicción de Landauer, era la célula primitiva de toda comunidad fecunda. Partiendo de ella debían edificarse las comunas, las corporaciones, el pueblo. Landauer no era un divagador que soñaba con un amor indiferenciado hacia todos. Esa abstracción no existía en él. Decía: La sociedad no se funda y no se debe fundar sobre una igualdad en la fuerza de los sentimientos en todos los hombres; donde ninguna graduación es de una naturaleza clara y decidida, no puede haber sino debilidad y decadencia. Mi casa, mi pueblo, mi casa, mi patio y mis jardines, mi mujer y mis hijos — mi mundo! Sobre ese sentimiento, sobre esa solidaridad exclusiva, sobre esa pequeña comunidad libre, sobre esa comunidad natural deseo edificar las corporaciones mayores, primero las comunas y la alianza de los oficios".

Cuando Landauer fué descalificado por los anarquistas, no pudo realizar mucho. Se ocupó de estudios literarios y filosóficos y escribió algunas novelas editadas en libro con el título *Macht und Mächte*. Con su compañera tradujo poesías de Oscar Wilde y editó los escritos de *Meister Eckehardt*. Pero como todo eso no bastaba para alimentar a su compañera y a sus hijos, buscó una colocación de libre y vendió libros en la calle Postdamer. Como observó Julius Bab justamente en su discurso necrológico sobre Gustav Landauer, fué quizás la tragedia más triste del mundo desde los días en que Spinoza afeitaba lentes, ver ese hombre flaco, de largo cabello negro y de barba patriarcal, tras el mostrador, vendiendo libros. El, el bibliófilo, el sabio con el que no podían competir los profesores, estaba obligado a desperdiciar su precioso tiempo de esa manera. Después de trabajar casi dos años de vendedor de libros, abandonó su empleo y se ganó el pan con traducciones y conferencias. Habló sobre arte y filosofía, sobre política y literatura. Trató la filosofía de Bergson, los dramas de Shakespeare, las obras de Strindberg. En sus discursos resaltaba la profundidad de la convicción y la claridad del pensamiento. Ocurría con frecuencia que sus oyentes acudían a escuchar al orador seductor sólo por la sensación exterior, mientras que para ellos los discursos no eran nada más que snobismo, variación de lo cotidiano. Pero Landauer no veía lo que ocurría ante él, obraba por un impulso interior.

## LANDAUER COMO FILOSOFO

Cuando Landauer pasaba el día en la librería, trabajaba por la noche en sus problemas literarios y filosóficos. El causal que nos ueja no es grande, no es vasto; sin embargo, pesa tanto más. Aparte de diversos artículos en revistas se encuentran sus pensamientos y sus concepciones históricas principalmente en dos libros. Uno es *Skepsis und Mystik*, el otro *Die Revolution*. El primero es un

parte una popularización y simultáneamente un profundamiento de la crítica del lenguaje de Fritz Mauthner.

En la filosofía de Landauer encontramos dos partes, una negativa y una positiva. También en el dominio de la filosofía hallamos la aspiración pasional de su personalidad a ponerlo todo al servicio de su causa: la superación de la actual incultura y la edificación de una nueva cultura. El punto de partida de su filosofía lo forman la crítica del idioma, los estudios filológicos. También aquí, donde Landauer está en su verdadero terreno, el que había elegido como profesión, la filología, constatamos el mismo celo por la verdad que dominó toda su naturaleza. La naturaleza de un hombre es siempre la misma, y no puede negarla nunca en lo que hace y quiere, mientras quede fiel a sí mismo. Si el carácter de un hombre es noble, profético, si está hondamente comprometido por sus ideas, entonces sólo verá en todas las situaciones y en todos los oficios un medio para manifestar sus ideas. Así pasó con la filología de Landauer. Mientras que hay millares de filólogos que ven su ideal en una cátedra bien retribuida y tal vez se ocupan de los puntos en las lecciones para pasar el tiempo, Landauer aplicó sus conocimientos filológicos para demostrar que todo lo que consideramos como lo más sagrado y lo supremo, *dios, Estado, moral*, etc. no son más que palabras. Landauer fué estimulado en esto por la obra imperdurable, relativa a ese dominio, de su amigo Fritz Mauthner. Con un nihilismo sin ejemplo, con incomparable valentía y profundidad, Fritz Mauthner ha condenado a muerte en su obra *Beitrage zur Kritik der Sprache* todas las verdades "absolutas".

Landauer, cuya naturaleza era ricamente diabólica en la destrucción, en la fuerza creadora de la edificación, adoptó esa idea, pero sólo para llegar por la crítica de Mauthner a una duda más grande, de la que surgieron en él esperanzas aún más fuertes. La más radical negación era para él preparadora de la acción nueva y más firme.

El razonamiento de Landauer era más o menos el siguiente: Kant ha dicho que las cosas de afuera sólo son fenómenos en la forma subjetiva del espacio, sus propiedades son tales como nuestros sentidos las forman, y sus relaciones recíprocas resultan de la forma subjetiva del tiempo. Kant, pues, hace siempre el ensayo de explicar las cosas por las cosas — pues espacio, tiempo, sentido son ya cosas — o, dicho de otro modo: de explicar cosas por palabras, palabras por palabras. Pero Mauthner nos grita burlescamente: las cosas que están fuera son cosas, porque vuestro lenguaje las comprime en la forma substantiva y sus propiedades son adjetivos y sus relaciones se regulan del modo como obran en vosotros vuestras impresiones, es decir, en la forma del verbo. Vuestro mundo es la gramática de vuestro idioma. Pero, ¿quién, que haya expresado eso una sola vez, querrá creer que más allá del idioma humano hay algo substantivo, aun donde hay idiomas con otras categorías, cabezas con otras concepciones? ¿Concepción? no es nada más que nuestro tesoro idiomático. Y el tesoro del idioma es nuestra memoria; y al contrario. Cuando percibimos una semejanza, cuando nuestra memoria descarrila, ampliamos un concepto, o formamos un nuevo concepto mediante una nueva metáfora, o por un cambio de significación. Y así sucesivamente. El mundo afluye a nosotros; con el par de pobres agujeros de nuestros sentidos visuales percibimos lo que podemos y lo agregamos a nuestra vieja provisión de palabras, pues no tenemos ningún otro medio de retenerlo. El mundo continúa fluyendo, y nuestro lenguaje continúa fluyendo, sólo que no en la misma dirección, sino de acuerdo a los accidentes de la historia del idioma, para la cual no se pueden establecer leyes.

Esta es la duda de Landauer: La palabra *dios* es originariamente idéntica a la palabra *idolo* y ambas palabras equivalen a "fundido". Dios es un producto del hombre, adquiere vida, se atrae vidas humanas y finalmente se vuelve más poderoso que la humanidad.

Después de haber investigado la historia del idioma hondamente, dice Landauer: El mundo no tiene idioma. No tendría idioma tampoco el que lo comprendiera. El idioma del intelecto no pue-

de servir para acercarnos al mundo, para transformar el mundo en nosotros. Pero como trozo de la naturaleza el idioma se transforma el hombre en todo porque depende de todo.

Desde su punto de vista de la crítica del idioma, todos los sistemas, como por ejemplo el marxismo, que pretende por sí la verdad inmaculada, debían aparecer ridículos y locos. ¿Por qué habría de ser su cuadro del mundo el justo, por qué habría de haber encontrado la piedra de la sabiduría? Cualquier otro sistema cualquier otra doctrina podría aspirar al mismo derecho para sí.

(CONTINUARA)

## BIBLIOGRAFIA

Mella Ricardo — IDEARIO; prólogo de José Prat. Un vol. en 8 mayor, 335 págs. — Gijón, 1926

Hemos anunciado ya la próxima edición de este libro, que tenemos por delante nosotros y que es uno de esos raros volúmenes que se leen y se consultan fruto toda la vida. A Mella no se le vea superficialmente, se le estudia y se medita, porque pocos escritores tienen en nuestra literatura su capacidad para mover ideas e inquietar y educar a ritos. Su concepción libertaria es de más amplias, sin frenos ni cotos; los horizontes de sus panoramas no tienen límite que el que traza la capacidad de cada individuo al reconocimiento y la investigación de la verdad. España ha dado al mundo en el último siglo algunos hombres ilustres por su erudición, por malabarismo literario o por sus méritos literarios efectivos, pero un pensador sereno, tan amplio, tan honrado, tan seguro de su visión de los hombres y de las cosas como Ricardo Mella, sería difícil encontrarlo. Por lo demás no podía girar más que a la sombra de la idea libertad, y para cobijarse bajo esa bandera hace falta en primer lugar honradad interior omnipotente y carácter me. La inteligencia de nuestros días, ca más bien el apoyo y la benevolencia los poderosos, sirve humildemente a Cresos de la hora; eso es más injusto y más provechoso para vivir lo mejor posible que la adhesión sincera a la verdad y a la justicia.

Aunque la obra de un pensador sea tesoro para las generaciones futuras, ca sustituye al pensador mismo capaz de adaptar su pensamiento a cada circunstancia y de sugerir directamente soluciones a los problemas de la vida; ya que contra la obra de la naturaleza no podemos perpetuar la vida de un libro de gran valor, podemos perpetuar el pensamiento, su método de trabajo, su visión de las realidades, las cualidades de su carácter. Eso es lo que se propone hacer los editores de este libro y de cinco que le seguirán. Para muchos de la inmensa mayoría de los amigos de Mella y de los estudios en general, la selección de obras de que *Ideario* forma introducción, equivaldrá a un Mella divino, más grande y profundo de lo juzgan aquellos mismos que creían ponerlo a fondo.

Los trabajos están concienzudamente catalogados bajo títulos diversos: de doctrina, de crítica social, de concepción libertaria, de táctica, de evolución y de revolución; de violencia, de libro y autoridad, ensayos filosófico-literarios de moral, de pedagogía, temas sociales, trabajos polémicos; vida española, hombres representativos, etc. Se repite además en cliché el original de una carta inédita de Mella a su hijo que se lea con fruición, por el valor que por la forma.

Si fuésemos amigos de hacer recitamos: el que adquiera este libro lo considere digno de estudio atento guía espiritual para toda la vida. Será de nuevo las 5 pesetas que hay que pagar.

D. A. de

